

EN TORNO A *SUS BESTIAS* Y A *SER BESTIAS*
(*Don Quijote de la Mancha*, II, 29)

ERNA BERNDT-KELLEY
Smith College, Northampton

Al final «De la famosa aventura del barco encantado», el narrador del *Quijote* le informa al lector que

Volvieron a sus bestias, y a ser bestias, don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.¹

Francisco Rodríguez Marín, en su edición del *Quijote*, considera este comentario un «injusto y nada piadoso calificativo» dado por Cervantes «no sólo a Sancho, sino también a don Quijote». ² Es sobre estas palabras, en especial las de «ser bestias», sobre las que quisiera reflexionar un poco.

Según el *Diccionario de Autoridades*, por el vocablo «ANIMAL» se comprende todo «cuerpo animado, que tiene sentidos y movimientos.» Se considera al hombre como principal de los animales por ser «racional, capaz de razón y entendimiento» y se afirma que «los demás son brutos, bestias, sayandijas, monstruos, insectos, & C.» Un poco más adelante leemos: «ANIMAL. Se llama por injuria a un hombre grossero, tosco, torpe, e incapaz. Lat. *Stupidus. Stolidus*». ³ En cuanto a la palabra «BESTIA», vemos que, a diferencia del significado en latín, que comprende todo género de animales terrestres,

en Castellano por esta palabra solamente se entiende el animal corpulento y cuadrúpedo, y específicamente los domésticos: como caballos, mulos, asnos...

1. Miguel DE CERVANTES SAAVEDRA, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, editado por Luis Andrés Murillo, Madrid, Clásicos Castalia, 1982; II, 29 p. 267. Todas las citas proceden de esta edición.

2. En el Tomo V de su edición crítica, Madrid, Ediciones Atlas, 1948, p. 305, nota 11.

3. Edición facsímil, A-C, Madrid, Editorial Gredos, 1963, p. 298.

y, como en el caso anterior,

figuradamente se llama [BESTIA] el hombre rudo, ignorante, basto, que sabe poco, y que en sus operaciones y manera de vivir es semejante á los brutos.⁴

Lo que diferencia al hombre de la bestia, según nuestro diccionario, es la facultad de la razón y el entendimiento que el ser humano posee y de la que carece la bestia.

El lector del *Quijote* encuentra que Cervantes emplea el vocablo «bestia» en los sentidos arriba mencionados, confiriendo a veces los atributos propios de bestias a hombres y los de hombres a bestias, dando rienda suelta a su imaginación en un juego de palabras con el que nos entretiene y divierte, apuntando al mismo tiempo a significados más profundos.

En el mundo del *Quijote* les corresponde un papel importante a las bestias, tanto en la acción como en la reflexión a las que se entregan caballero y escudero. La mera mención de don Quijote y Sancho Panza evoca las figuras míticas: la de éste, «sobre su jumento como un patriarca» o llevándolo del cabestro, y la de aquél, montado en su flaco y escualido rocín que le sostiene. Con razón decía Menéndez y Pelayo «hasta las bestias que estos personajes montan participan de la inmortalidad de sus amos».⁵

En el *Quijote* las bestias participan en las aventuras de los amos; es más, sus acciones suelen determinar el desenlace de las mismas.⁶ Además, en algunas ocasiones, las bestias son objeto de reflexión y comentarios por parte de los protagonistas. En los párrafos en que éstos nos revelan sus preocupaciones por lo que ellos mismos son, quieren y creen que pueden ser, abundan las observaciones sobre las bestias y los hombres.⁷ En el juego que pone de relieve la preocupación, por parte de los personajes como también del narrador, de discernir lo que es real y lo que no lo es, entran a menudo las bestias. A lo largo de toda la novela Cervantes por medio del narrador guía al lector para que en su imaginación observe la percepción que los personajes tienen de las bestias propias y ajenas, y de la relación entre bestia y hombre, oponiendo esas percepciones y

4. *Ibid.*, p. 600.

5. Citado por Julio CÉJADOR Y FRAUCA, en *Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1916, p. 61.

6. Ver Monserrat ORDÓÑEZ VILA, «Rocinante y el asno, personajes cervantinos», *Razón y fábula*, Bogotá, Universidad de los Andes, VIII (1968) pp. 57-75 y 65-66.

7. Por ejemplo, al ver a su amo sobre Rocinante, que se detenía a cada tanto a pacer la verde hierba del campo, mientras don Quijote estaba desanimado y pensativo por la burla que creía le habían hecho los encantadores, transformando a «su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana» (II, 11, p. 113), el socarrón de Sancho, autor del «encantamiento», tratando de animar a su decaído amo, le dice: «—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas a Rocinante, y avive y despierte...», (II, 11, p. 114).

perspectivas de los protagonistas a las del narrador. El discreto lector, consciente de estas diferentes perspectivas no puede menor que reconocer la susceptibilidad de los hombres al engaño.

Tanto Sancho como don Quijote idealizan a las bestias. Sancho ve mucho más que una bestia de carga en su rucio. La apreciación de Sancho por su asno va mucho más allá de la de un interesado labrador.⁸ Sancho personifica, humaniza, a su bestia atribuyéndole virtudes, sentimientos y hasta debilidades propios de seres humanos.

El escudero se siente perdido tras el robo de su asno. Su felicidad al encontrarlo fue objeto de atención por parte de quienes añadieron el pasaje que explica el hallazgo del animal en la segunda edición de Cuesta, donde el escudero le dice a Ginés de Pasamonte: «¡Deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo!» (I, 30, p. 380, nota 26), términos generalmente reservados para seres humanos, razón por la cual el narrador añade:

Sancho llegó a su rucio y, abrazándole, le dijo: —¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?— Y con esto, le besaba y acariciaba, como si fuera persona.

(I, 30 p. 380, nota 26)

En casa de los duques, al escudero le remuerde la conciencia de haber abandonado su rucio. Por eso Sancho le pide a doña Rodríguez que lo ponga en la caballeriza «porque el pobrecito es un poco medroso» y aclara que lo estima tanto que no lo trocaría ni por el rocín de Lanzarote (II, 31 pp. 274-275) imitando, a su manera, las comparaciones que hacía su amo de Rocinante con otros caballos famosos del mundo de la ficción.⁹ En su ingenua confusión de ficción y realidad, el escudero nos revela que está convencido de que hubo un tiempo, el de Guisopete, según él, en que los animales hasta hablaban (I, 25 p. 300). Y si no hablan ahora, asume que por lo menos comprenden. Por eso él, que no puede quedarse a solas con sus pensamientos sin «departirlos» con alguien, y que cuando piensa suele hacerlo en voz alta,¹⁰ al decidir poner fin a su gobernación de la ínsula, se va a la caballeriza y le habla al rucio como si fuera una per-

8. Como, por ejemplo, la de Luján, el criado del Comendador, en la escena XII del primer acto de *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, que afirma que un par de mulas «es el mejor tesoro de un labrador».

9. Para comprender debidamente este comentario de Sancho conviene recordar que un rocín, en cuanto a las castas de estas bestias, según Covarrubias, no merece ni siquiera el nombre de «caballo».

10. Esto se deduce, por ejemplo, del episodio que trata de «la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea», (II, 10, p. 103) donde el narrador aclara que Sancho «se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo y a decirse...», y a continuación presenta el gracioso diálogo del preocupado escudero consigo mismo, (II, 10, pp. 105-106).

sona, llamándole compañero y amigo suyo, «conllevador de [sus] trabajos y miserias.» (II, 53 p. 444).

También don Quijote idealiza a Rocinante comenzando por el nombre que le da. En su imaginación espera que su rocín exceda en fama a otros caballos famosos de renombrados caballeros andantes del mundo de la ficción. Invoca al famoso cronista de su peregrina historia y le dice: «...no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.» (I, 2 p. 81). Le atribuye voluntad propia, deja que le guíe y determine el rumbo que caballero y escudero han de tomar¹¹ y, en Sierra Morena lo suelta diciéndole: «Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan estremado por tus obras cuanto desdichado por tu suerte!» comparándolo con el Hipogrifo de Astolfo y el Frontino de Bradamante (I, 25, p. 308). Cuando envía a Sancho al Toboso y le presta su Rocinante se lo encomienda y le pide que mire «por él como si fuera su propia persona».

En el caso del caballero esta idealización, sin embargo, no se mantiene a lo largo de toda la obra. Se produce cuando su imaginación está enardecida por el ideal de la caballería andante. A medida que se desengaña va viendo también las limitaciones de Rocinante y hacia el final de la obra confiesa que fue imprudencia por parte suya no haber reconocido que «al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante.» (II, 66, p. 542).¹²

Mientras don Quijote y Sancho idealizan a sus bestias, el narrador en el *Quijote* se encarga de poner de relieve su punto de vista en cuanto a los aspectos físicos de ambos animales, y algunos de los otros personajes corroboran esa opinión. Si bien de la superposición de estas perspectivas el lector se va formando su propia imagen de la «personalidad» de Rocinante y del rucio, fundamentalmente el discreto lector acepta que don Quijote tiene como caballeriza una pobre bestia que no merece ni el nombre de caballo, de un rocín como el retratado en el primer cartapacio del historiador árabe tan irónicamente descrito por el narrador (I, 9, p. 144). El lector sabe que el éxito de don Quijote en sus aventuras depende en gran parte de las limitadas fuerzas físicas de ese viejo rocín y está preparado para las caídas y derrotas que les esperan. Y en cuanto al asno de Sancho, por más que el escudero le atribuya cualidades y virtudes humanas, el lector sabe que se trata de un simple asno. Más que caracterizar al asno, estas relaciones revelan la personalidad de Sancho que como buen labrador, aprecia a los animales y no quiere que el amo se olvide de la promesa de los pollinos. Pero además de todo esto Sancho reconoce que tiene mucho en común con las bestias, que para vivir el hombre en general, y él mismo en particular, tiene que atender las necesidades físicas debidas a la parte animal de todo ser humano. A

11. Ver ORDÓÑEZ VILA, *op. cit.*, p. 64.

12. *Ibid.*, p. 61.

su modo de ver, el hombre, ante todo, tiene que comer y dormir; y si bien llega a decirle a su mujer que «no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras...» y que «es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción...», los animales, las bestias, nunca dejan de proporcionarle la medida básica para formarse su concepto de las posibilidades y limitaciones del hombre.

Don Quijote, en cambio, quiere y pretende poder ignorar la naturaleza animal del hombre, generalmente con resultados desastrosos. A lo largo de la novela en su búsqueda de gloria y fama, critica en su escudero la atención con que Sancho atiende sus necesidades físicas. Lo acusa de torpe y limitado y lo vitupera comparándolo a las bestias. Esta crítica culmina en el capítulo XXVIII de la Segunda Parte. El lector recordará cómo allí uno que se creía burlado ataca a Sancho por rebuznar «tan en hora mala» y cómo don Quijote, viendo que no podía vengarlo, huye, razón por la cual el escudero acusa a los caballeros andantes de cobardía. Tras esa experiencia, Sancho, desilusionado, decide volverse a su casa y pedirle salario a su amo por el tiempo que le había servido. Don Quijote, irritado por su ingratitud y limitación, ve en él un «hombre que tiene más de bestia que de persona» y le dice:

¡...Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mi tengo que antes llegará ella a su último término que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia!

(II, 28 p. 260)

—

Tras este brutal criterio, Cervantes, jugando con los significados verdaderos y figurados de «asno», «bestia» y «jumento», le proporciona al lector una escena tan cómica como conmovedora para que considere el juicio bestial de don Quijote desde otra perspectiva, pues Sancho al oír «tales vituperios», con ojos llenos de lágrimas le dice al amo:

—¡Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuestra merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que quedan de mi vida.

(II, 28 p. 260)

Recordemos para nuestro propósito que en este capítulo don Quijote acusa a Sancho de no reconocer sus limitaciones, de no caer ni dar «en la cuenta de que [es] bestia». El narrador se encargará de que este juicio, emitido por don Quijote, en el que el caballero emplea el término de «bestia» en sentido figurado y negativo, recaiga en el capítulo siguiente en un sentido muy serio sobre don Quijote mismo.

A pesar del desengaño sufrido a raíz de haber visto las ruinas de su ideal caballeresco en la cueva de Montesinos y, posiblemente, irritado por la indirecta acusación de cobardía, nuestro héroe, en el capítulo XXIX, al ver el pequeño barco sin remos atado a un árbol en la orilla del río Ebro, concibe una vez más en su afiebrada imaginación la caballeresca empresa de tener que «dar socorro a algún caballero, o a otra necesitada y principal persona». Por eso se apeó de Rocinante y mandó que Sancho hiciera lo mismo. Abandonan las bestias dejándolas atadas al tronco de un árbol. Este «apeamiento» y «ligamiento» preocupan a Sancho que se siente perdido sin su animal, razón por la cual don Quijote lo consuela diciéndole que «no tuviese pena del desamparo de aquellos animales; que el que los llevaría a ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendría cuenta de sustentarlos.» (II, 29 p. 263). Pero don Quijote no logra convencer al obediente escudero. Hallándose en el barco, al no pisar tierra, el antiguo labrador, vencido por temor, se siente más ligado a las bestias que a su amo. Por eso, dirigiéndose a ellas, exclama

¡Oh carísimos amigos, quedáos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelve a vuestra presencia!

(II, 29 p. 263)

Sancho difícilmente comprende el alcance de sus propias palabras, si bien su ruego se cumple al final del episodio.

Don Quijote, irritado por las palabras y la actitud de Sancho, se vale de esta ocasión para acusar al escudero de cobarde, «de ánimo de ratón casero». Mientras el barco se desliza lentamente con el curso del río Ebro, el caballero, incapaz de determinar el lugar preciso del hombre en la tierra, se entrega a actividades esencialmente humanas como la de exponer en términos eruditos y hacer alarde de sus inútiles conocimientos cosmográficos, y la de imaginarse y creer, en contra de lo ocurrido, que habían cubierto grandes distancias. Ni esta prueba de pretensión científica ni la folclórica superstición de la desaparición de los piojos al cruzar el ecuador, convencen a Sancho quien observa que «con [sus] mismos ojos» ve que no se han apartado dos varas de «donde están las alemañas», que no se han movido ni «al paso de una hormiga». Pero esa quietud es otro engaño humano.

El lector recordará cómo, de pronto, el encantado barco se halla en la corriente a punto de «embocar por el raudal de las ruedas» del molino de las aceñas que don Quijote toma por ciudad, castillo o fortaleza que le han de proporcionar la oportunidad de mostrar «hasta dó llega el valor de [su] brazo». Los molineros, alarmados, detuvieron con sus varas el barco pero no pudieron evitar que se volcara y que caballero y escudero tuvieran que defenderse en el agua. Nuestro héroe queda reducido a la imagen de un ganso, que por el peso de las armas, símbolo de la misión que había elegido, fue llevado al fondo dos veces.

El narrador comenta «...vínole bien a don Quijote, que sabía nadar como un ganso», comentario que adquiere aun más significado si tenemos en cuenta que Sancho, en el capítulo XXVII, había comparado su habilidad de rebuznar a la ciencia «del nadar: que una vez aprendida nunca se olvida.», (II, 27, p. 255). Para don Quijote el peso de las armas constituye el obstáculo de que nade instintivamente como un animal, como un ganso. Fueron los molineros enharinados, los hombres que muelen trigo del que se hace el pan que sustenta al hombre, «los que los sacaron como en peso a entrambos». Si no hubiera sido por la ayuda de ellos, don Quijote y Sancho se habrían ahogado. Como resultado de esta experiencia el caballero sólo puede exclamar: «Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas a otras. Yo no puedo más», y admitir que: «Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.», (II, 29 p. 67).

Don Quijote no tiene más remedio que reconocer sus humanas limitaciones y por el momento no se entrega ni a pensar, ni a razonar, ni a imaginarse aventuras heroicas imposibles.

En el siglo XVI, en su «Apologie de Raimond Sebond», Montaigne pone de relieve las limitaciones del ser humano, en especial las de su razón y las del conocimiento humano.¹³ Acusa al hombre de presumido y arrogante que vanidosamente en su imaginación se iguala a Dios, se atribuye cualidades divinas, se separa de entre las criaturas y distribuye entre ellas facultades y poderes, según su limitado parecer. Se pregunta cómo puede el hombre con su limitada inteligencia inferir la estupidez, la «*bestise*» que él les atribuye?¹⁴ Montaigne, citando a Lucrecio, arguye que el hombre debiera someterse a las leyes de la naturaleza¹⁵ y no enorgullecerse del privilegio de la imaginación, de ese desenfrenamiento del pensamiento que le representa aquello que es, [por] lo que no es, y que es la principal causa de muchos de sus males.¹⁶ Prosigue señalando la inteligencia y prudencia en las bestias que se mantienen con más moderación dentro de los lí-

13. *Les Essais de Montaigne*, Publiés d'après l'édition de 1588 avec les variantes de 1595 par H. Motheau et J. Jouaust. Tome troisième, Paris, 1806, pp. 169-296. Ver p. 190.

14. «C'est par la vanité de cette mesme imagination qu'il s'egale à Dieu, que'il s'attribue les conditions divines, qu'il se trie soy mesme et separe de la presse des autres creatures, taille les parts aux animaux ses confreres et compaignons, et leur distribue telle portion de facultez et de forces que bon luy semble. Comment congnoit il, par l'effort de son intelligence, les branles internes et secrets des animaux? par quelle comparaison d'eux a nous conclud il la bestise qu'il leur attribue?» *Op. cit.*, p. 193.

15. *Op. cit.*, pp. 205-206.

16. «...et s'il est ainsi que luy seul de tous les animaux ait cette liberté de l'imagination et ce deresglement de pensées, luy representant ce qui est, ce qui n'est pas et ce qu'il veut, le faux et le veritable, c'est un advantage qui luy est bien cher vendu et dequoy il a bien peu à se glorifier, car de là naist la source principale des maux qui le pressent: vices, maladies, irresolution, trouble et desespoir.» *Op. cit.*, p. 206.

mites que la naturaleza les ha prescrito.¹⁷ Por páginas explora la igualdad y correspondencia entre hombres y bestias, señalando la vanidad que supone creerse superior a ellas. Acaba recomendando que en la trayectoria de la perfección humana el hombre ha de humillarse y ser como los animales para llegar a ser cuerdo y sabio. «Il nous faut abestir pour nous assagir.»¹⁸ Es en este sentido en el que creemos que ha de interpretarse el «ser bestias» al final de «la aventura del encantado barco».

El ruego de Sancho fue concedido: la locura que apartaba a caballero y escudero de las bestias, «convertida en desengaño», los volvió a su presencia. Así, en el nadir de su existencia, habiendo admitido la derrota de sus ilusiones y la incapacidad de llevar a cabo sus empresas caballerescas, vuelven «a sus bestias, y a ser bestias, Don Quijote y Sancho,» para emprender el camino de regreso a la cordura.

17. «Les animaux sont, à la vérité, beaucoup plus reglez que nous ne sommes, et se contiennent avec plus de moderation sous les limites que nature nous a prescripts...» *Op. cit.*, p. 230.

18. *Op. cit.*, p. 267, nota 1.